



# El diálogo intrarreligioso

Raimon Panikkar



El diálogo como acto humano y humanitario nunca ha sido tan indispensable en todos los aspectos de la vida como en nuestra era de individualismo endémico. O bien redescubrimos de nuevo al vecino de carne y hueso o nos dirigimos hacia un desastre de proporciones cósmicas, como la propia palabra indica (*dis-astrium*). Nuestra autosuficiencia individual está en crisis. Constantemente nos las tenemos unos con otros, pero difícilmente encontramos tiempo para descubrir a nuestro prójimo — porque no nos descubrimos a nosotros mismos, ya que estamos demasiado ocupados en «asuntos» de todo tipo. «*Qui enim se cognoscit, in se omnia cognoscit*» (quien se conoce a sí mismo, en sí mismo conoce todas las cosas), decían los antiguos, tal como lo formuló Pico della Mirandola en su *Oratio*.

Nuestras relaciones con los demás se encuentran en su mayoría en un nivel meramente objetivo o puramente subjetivo, es decir, o bien son encuentros racionales o citas sentimentales. En el primer caso, abordamos *diálogos dialécticos*. Nos encontramos en un terreno supuestamente neutral: la *arena* de las doctrinas y las opiniones. En el segundo caso, nos embarcamos en *diálogos eróticos*. Nos encontramos en terrenos de simpatía y antipatía a distintos niveles: el *ágora* de las relaciones «personales».

Ambos encuentros son parte esencial de nuestra condición humana, pero, si se mantienen separados, re-

sultan insuficientes para la plena realización humana. El hombre es algo más que una máquina pensante y un haz de deseos. La palabra es algo más que un hecho objetivo, y los otros son algo más que individuos separados. «*Semper occulta quaedam est concatenatio*» (siempre hay una cierta conexión oculta entre todas las cosas), por citar otra frase de Pico en un contexto más amplio (*Opera omnia*, ed. Basileae, 1572, p. 235), que expresa lo que otras tradiciones han calificado como *armonía*, *perichóresis*, *pratītiya-samuatpāda*, *sarvam-sarvātmakam* universal, y otras denominaciones parecidas. Nuestra relación con el otro no es un vínculo externo, sino que pertenece a nuestra constitución más íntima, ya sea con la tierra, con los seres vivos — especialmente los humanos — o con lo divino. La totalidad de la realidad presenta una naturaleza *teoantropocósmica* o, para que suene mejor, *cosmoteándrica*.

Cuando limitamos nuestra esfera a las relaciones humanas, vemos que el otro no es sólo un productor de ideas con el cual estamos más o menos de acuerdo, o sólo el poseedor de afinidades que hacen posible una serie de transacciones; no es ni un mero (otro) sujeto ni un mero (otro) objeto. Es una persona que no es mi ego, pero aun así pertenece a mi Yo. Esto es lo que hace posible la comunicación y la comunión. Esta conciencia es el amanecer del *diálogo dialógico*. El tú emerge como distinto del no-Yo.



Cuando este encuentro toca las profundidades de nuestras creencias íntimas, cuando alcanza las cuestiones esenciales del significado de la vida, en cualquier sentido, tenemos el *diálogo dialógico religioso*. A menudo este diálogo no va más allá de niveles doctrinales o proyecciones emocionales. Esto es el *diálogo interreligioso*, que es mantenido generalmente por expertos o representantes de distintos sistemas de fe o sensibilidades artísticas.

Cuando el diálogo comprende toda nuestra persona y aparta nuestras múltiples máscaras, algo se agita en nuestro interior, comenzamos el *diálogo intrarreligioso*. Éste es el diálogo interno provocado por el tú que no es indiferente al yo. Algo se agita en los rincones más íntimos de nuestro ser, que a menudo no nos atrevemos a verbalizar en voz muy alta. Ese movimiento puede llevarnos a una soledad individual purificadora o a un aislamiento individualista destructivo. Los muros de las «microdoxias» tiemblan y nosotros podemos ser enterrados bajo los escombros a no ser que consigamos quitar las piedras para construir nuestra casa de nuevo. La tentación puede ser doble. Para el poderoso, se trata de construir una torre de Babel en nombre de la unidad, se llame un Dios, religión o cultura, o un gobierno, democracia o mercado mundial. La dimensión humana se ha perdido. Para el débil, la tentación es construirse un caparazón aislado en lugar de un hogar abierto a la comunidad. De nuevo, la dimensión humana se ha perdido.

En resumen, el diálogo intrarreligioso es un acto religioso en sí mismo, un acto que ni nos unifica ni nos suprime sino que nos re-une (en todas las direcciones). Tiene lugar en la esencia de nuestro ser, en nuestra búsqueda de la verdad salvífica — en cualquier sentido en el que podamos entender estas palabras demasiado cargadas. Nos embarcamos en un diálogo como éste no sólo mirando hacia arriba, hacia una realidad trascendente, o hacia atrás, hacia una tradición original, sino también horizontalmente, hacia el mundo de otras personas que pueden creer que han

encontrado otros caminos que llevan a la realización del destino humano. La búsqueda se convierte en una auténtica oración, una oración abierta en todas direcciones.

Los primeros pasos del diálogo intrarreligioso no hacen apenas ruido. Tienen lugar en lo más profundo de la persona. Este diálogo es *abierto*. Ya no está encerrado en la prisión del egotismo por más tiempo; está abierto a la religiosidad de nuestros vecinos. ¿De qué otra manera podríamos amarlos como a nosotros mismos? Sus creencias se convierten en una cuestión religiosa personal. También es *profundo*. Ya no se refiere por más tiempo a meras formulaciones (sobre nuestra propia tradición o sobre otras personas). Es una cuestión personal que se refiere al significado de la realidad — la verdad salvífica, como hemos señalado antes.

El diálogo intrarreligioso es un diálogo interno en el que se lucha con el ángel, el *daimón*, y uno mismo. ¿Cómo podemos acceder a la totalidad de una verdad liberadora si parece que nuestros vecinos tienen otras creencias, las cuales a veces son totalmente incompatibles con nuestras propias convicciones?

El diálogo interno no es ni un monólogo ni un simple soliloquio con «Dios»; ni una meditación sobre las creencias del compañero o sobre otra religión. No es una búsqueda en una visión del mundo diferente que nace de la curiosidad, o con una mentalidad comprensiva. En este diálogo, buscamos la salvación, y aceptamos ser adoctrinados por otros, no sólo por los de nuestro propio clan. Así, trascendemos la actitud más o menos consciente de propiedad privada en la esfera de la religión. El diálogo intrarreligioso es, por su propia naturaleza, un acto de asimilación — que yo llamo eucarístico. Intenta asimilar lo trascendente a nuestra immanencia.

Alguien podría decir, sin embargo, que el origen de la verdad se encuentra en Dios, o al menos en la trascendencia, y no en el Hombre. La verdad se manifiesta en la iluminación, la experiencia salvífica, la trascendencia, o incluso la evidencia. En todo caso, esta verdad no es el

resultado de un capricho mío; tiene cierto carácter supraindividual, se llame Dios, Amor, Humanidad o Ignorancia. Entonces, ¿por qué buscar la verdad religiosa entre opiniones humanas? ¿Acaso no se encuentra el principio de una apostasía religiosa en el diálogo intrarreligioso? ¿Acaso no debería yo intentar entender mejor las riquezas de mi tradición antes de aventurarme en caminos desconocidos, para intentar entender lo que otros han dicho y han pensado? ¿Acaso puedo ser un seguidor ortodoxo del Vedanta o un católico romano si presto atentos oídos a sirenas extranjeras? ¿Acaso ya no sigo creyendo en la plenitud de la Revelación cristalizada en mi tradición? ¿Acaso tengo incluso derecho a servirme un cóctel religioso hecho a mi propio gusto? En una palabra, ¿acaso el diálogo intrarreligioso no tiene un cierto sabor a una tendencia hacia el eclecticismo que delata mi falta de fidelidad y mi superficialidad?

Precisamente, debido a que estas importantes cuestiones han sido ignoradas o interpretadas como actitudes sectarias y fanáticas, hay una proliferación creciente de los llamados nuevos movimientos religiosos de todo tipo. Uno se siente atraído por lo exótico; malinterpreta el significado de la novedad y se convierte en un desarraigado. Esto explica tanto la atracción hacia Oriente por parte de los occidentales como el éxodo de jóvenes orientales hacia los centros de ciencia y tecnología. No se debería mencionar el impacto de Oriente en Occidente sin subrayar, al mismo tiempo, el impacto mayor de Occidente en Oriente — que a veces los occidentales dan por supuesto.

Sin duda, es imperativo conocer la propia tradición de cada uno en primer lugar. Sin embargo, afirmar alegremente que deberíamos ser capaces de encontrar en nuestra propia tradición todo lo que estamos buscando no es ni convincente ni suficiente. En primer lugar, a menudo, descubrimos el profundo significado de nuestro propio mundo sólo después de haber probado algo exóticamente diferente. Uno descubre el «hogar, dulce hogar» casi siempre

cuando regresa de algún otro sitio; el profeta es alguien que ha venido de fuera y, a menudo, del exilio. En segundo lugar, pensar en nosotros, incluso colectivamente, como auto-suficientes, implica una cierta condena de los otros. Los respetamos e incluso aceptamos que deben de tener su propia justificación subjetiva, pero consideramos que están en un error en todo aquello que no se ajusta a nuestros propios criterios sobre la verdad, que se han erigido en parámetros absolutos. Incluso aquellos que creen en una Revelación absoluta tienen que admitir que su interpretación de esa Revelación es limitada y, por tanto, incompleta.

Todo esto es muy complejo, pero el diálogo intrarreligioso trasciende los niveles puramente sociológico e histórico. También pertenece al campo de la antropología filosófica, si queremos ponerlo en categorías. Es, en una palabra, un elemento constitutivo del Hombre, que es un nudo en una red de relaciones, es decir, una persona —y no un individuo aislado, un átomo consciente o un mero número— dentro de un complejo democrático indiferenciado. Nuestra naturaleza humana es la que nos llama a descubrir en nosotros mismos todo el mundo humano y toda la realidad. Somos constitutivamente abiertos: no sólo porque el universo entero puede penetrarnos, sino también porque nosotros podemos impregnar toda la realidad. «*Anima quodammodo omnia*» (el alma humana lo es todo, en cierta manera), dijeron los escolásticos, repitiendo a Aristóteles. Cuando hablamos del Hombre como microcosmos, esto no significa que seamos otro mundo en miniatura, al lado de una multiplicidad de pequeños mundos; significa que el Hombre es la «miniaturización» del (único) mundo, que somos el mundo a nuestra escala humana. El otro es ciertamente un *alius*, otro núcleo en la red de relaciones, «otro» individuo, pero no un *aliud*, otra «cosa», otro átomo (humano) sin otra conexión que la definida por el espacio o el tiempo estrechamente considerados como elementos externos a las mónadas humanas.

Las religiones por Ti se iluminaron,  
Tú eres la esencia de todo dogma.

Fluye tu Nombre por el mundo entero,  
y con Él tu glorificación se oye en todo lugar.

¡Oh, mi Rey!, el amor por Ti es la religión [verdadera],  
quién no posee esa religión, es un infiel.

Veo corazones florecientes por Tu fe,  
Tú eres el gozo y la alegría de todo corazón.

—Amir Moezzi (Irán, 518/1124)

—Traducido por Carlos Diego

El diálogo intrarreligioso, al ayudarnos a descubrir al «otro» en nosotros mismos —¿no está escrito «ama a tu prójimo como a ti mismo», como a tu «mismo» yo?—, contribuye a la realización personal y a la fecundación mutua de las tradiciones humanas que no pueden permitirse vivir por más tiempo en un estado de aislamiento, separadas unas de otras por muros de desconfianza mutua, o en un estado de guerra que puede estar más o menos camuflado por la emulación y la competencia. Incluso la coexistencia pacífica a menudo no es más que una forma de estrategia política para mantener el *statu quo* —preferible, indudablemente, a la guerra.

En resumen, el diálogo intrarreligioso no es una cuestión menor; no es ni una estrategia para la paz, ni siquiera un método para un mejor entendimiento. Es todo esto, y más, porque implica, ante todo, una visión de la realidad que no es monista, ni dualista ni atomista. Yo no soy el otro ni el otro es yo, pero estamos juntos porque compartimos la palabra, como dice el R̥g Veda (I, 164, 37). Nosotros *somos* en el diálogo.

«Cuando hagáis de dos uno, tan-

to en el interior como en el exterior, el exterior y el interior, el superior y el inferior... entonces entrareis en “el Reino”», indica el Evangelio de Tomás, 22. Cuando haya descubierto al ateo, al hindú y al cristiano en mí, cuando considere que mi hermana y yo pertenecemos al mismo Ser, (Ser, destino, realidad, misterio...), cuando el «otro» no se sienta alienado en mí ni yo en el otro..., entonces estaremos más cerca del Reino, *nirvāna*, realización, plenitud, *śūnyāta*...

El presente artículo es una adaptación, revisada por el autor, de un texto tomado de su libro *The Intra-Religious Dialogue*, New York (Paulist Press) 1999.



EL SERMÓN DE LA MONTAÑA  
DEL DIÁLOGO INTRARRELIGIOSO

Cuando emprendas un diálogo intrarreligioso, no pienses de antemano aquello que tienes que creer.

Cuando testimonies tu fe, no te defiendas a ti mismo, ni a tus intereses personales, por más sagrados que te parezcan. Haz como los pájaros del cielo: ellos cantan y vuelan y no defienden su música ni su belleza.

Cuando dialogues con alguien, mira a tu compañero como una experiencia reveladora, tal como mirarías —deberías hacerlo— los lirios del campo.

Cuando abordes el diálogo intrarreligioso, intenta sacar primero la viga de tu ojo antes de sacar la mota del ojo de tu vecino.

Bienaventurado seas cuando no te sientas autosuficiente mientras dialogues.

Bienaventurado seas cuando confíes en el prójimo porque confías en Mí.

Bienaventurado seas cuando te enfrentes a las incomprendiones de tu propia comunidad o de otras por amor a tu fidelidad a la Verdad.

Bienaventurado seas cuando no renuncies a tus convicciones y sin embargo no las impongas como normas absolutas.

¡Ay de vosotros, teólogos y académicos, cuando rechazáis lo que dicen otros porque lo encontráis embarazoso o no suficientemente erudito!

¡Ay de vosotros, practicantes de las religiones, cuando no escucháis los gritos de los más pequeños!

¡Ay de vosotras, autoridades religiosas, porque impedís el cambio y la (re)conversión!

¡Ay de vosotras, personas religiosas, porque monopolizáis la religión y ahogáis el Espíritu, que sopla cuando y como quiere!